



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 163 – DICIEMBRE 2025

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

“A ganar se aprende perdiendo”

Antonio Salas

Se equivocaría quien pensase que -en un país de misión- todo proyecto está abocado sin más al éxito. Sobre todo, tratándose de etnias cuyo módulo sociocultural se rige por otras coordenadas. Tal es lo que ocurre, de hecho, con nuestros indígenas guatemaltecos, cuya forma de pensar y sentir mal se acompasa con la nuestra. Aun llevando años constatándolo, a veces cuesta asumir cierto desencanto. Por otra parte, toda esporádica decepción, lejos de abatirnos, nos vigoriza. Tratamos de hacer nuestro el manido lema de Friedrich Nietzsche: “Lo que no te mata te hace más fuerte”. Y así lo hemos podido comprobar en el caso que me apresto a referir.

Quien se educa, allana su futuro

Siempre hemos tenido claro que solo activando la educación se arrostrará con pie firme el futuro. Por más que llevábamos tiempo tratando de verter esta convicción en algún proyecto concreto, parecía que nunca iba a llegar el momento. Sin embargo, al alborar el presente año, los hados se nos



Y a mí, ¿también me darán una beca?



Reunión con nuestros becarios a quienes Vinicio Gamarro trató de incentivar y motivar

mostraron propicios. Disponíamos, en efecto, de personas dispuestas a adentrarse en las aldeas y caseríos en busca de escolares prontos a tomarse en serio sus estudios. Rigiéndonos por tal criterio, configuramos un grupito de veinte becarios. Debo consignar, al respecto, que el calendario escolar guatemalteco no coincide con el nuestro. Allí el curso se inicia a mediados de febrero para finalizar en los últimos días de noviembre. Fue, por tanto, en el pasado enero cuando activamos este nuevo proyecto.

Fratisa, para preseleccionar a sus candidatos, se centró en las familias de más escasos recursos. No ignorábamos, en realidad, que -entre ellas- bastantes niños y niñas, para costearse sus estudios, debían realizar trabajos adicionales. Y tal estrategia no encajaba con nuestros criterios. Por eso, tras concienciar a sus padres, se mantuvieron varias reuniones con el gremio de becarios, apremiándolos a rubricar su escolaridad solo con óptimas calificaciones. ¡Sin trabajos complementarios! Si se avenían a ello, jamás les faltaría el apoyo económico de Fratisa. Era, pues, un momento clave para asumir el compromiso. En él nadie ocultó su entusiasmo, pues todo cuadraba a la perfección. ¡Pintaban oros! Lo que nadie podía intuir es que, un par de meses después, aun barajando las mismas cartas, muchas acabarían pintando bastos. Y me explico.

A cambio de pagarles los estudios, se le exigió presentarnos sus calificaciones bimestrales. Pues bien, a la hora de la verdad, la mayoría fueron solo mediocres. Nuestra pequeña grey de futuros doctores apenas sobrepasaba las lindes de discretos aprobados. Y eso que, desde un principio, se había apostado por conseguir holgados notables. Fratisa, aun acusando el revés, no perdió su compostura. De nuevo se los convocó y, tras cantarles la palinodia, los rezagados fueron invitados a ponerse las pilas o -dicho en lenguaje taurino- a ajustarse la



Gloria, saboreando las mieles de su graduación

taleguilla. Quizás no entendieran la expresión, pero si su contenido. Así pues, nuestro equipo de embrionarios genios se juramentó a superarse en el próximo control académico. No obstante, sus nuevos bríos poco tardarían en diluirse. De hecho, en los sucesivos controles continuaron abundando los bastos y escaseando los oros. Y fue entonces cuando Fratisa dijo “basta”. Les mantuvimos a todos el apoyo hasta que el curso finalizara, aun conscientes que dábamos bastantes coces contra el aguijón. Pero... ¡nobleza obliga!

Sabedores de que siempre puede aprenderse de los contratiempos, lejos de arrojar la toalla, apostamos por una nueva estrategia. Y este es el momento en el que, dejándonos asesorar por algunos directores de centros educativos, seguimos el rastro de patojos cuyas calificaciones rocen el sobresaliente. Hasta la fecha ya han aparecido varios con unos currículos que invitan al optimismo. Ahorrándonos las alharacas, les brindaremos becas para el próximo curso. ¿Tendremos esta vez más éxito? Dentro de un año lo sabremos.

Gloria Xoná ya es enfermera

Nadie ignora que la bonanza suele ser el contrapunto de la tormenta. Algo así nos ha ocurrido con este proyecto. Para coordinarlo, acudimos a una muchacha quekchí (Gloria Xoná Xol) de cuyo compromiso con la marginación teníamos clara constancia. Por otra parte, siendo ya treintañera, se mantenía soltera y la vida matrimonial no entraba en sus planes a corto plazo. Tras un par de entrevistas con ella, nos pareció la persona idónea para pilotar nuestro proyecto con los becarios. Aceptó la encomienda con complacencia. Nosotros, por nuestra parte, al hurgar en su pasado, supimos que había cursado el bachillerato. Tenía, por tanto, expedito el acceso a las aulas universitarias. Nos comprometimos a costearle la carrera que ella eligiera. Tras pensárselo durante unos días, nos compartió sus ansias de convertirse en enfermera para ayudar a las personas enfermas de su etnia. Nos encantó su propuesta. Y, sin más, pusimos el plan en marcha.

Han pasado desde entonces unos once meses y Gloria ya es enfermera. Se inscribió, de hecho, en un curso intensivo que ofrecía la Escuela de Enfermería en la ciudad de Tactic. Y, durante diez meses (sin descansos ni vacaciones) se ha trasladado todos los días a Tactic con admirable esfuerzo y notorio tesón. Cada jornada bajaba (6:00) desde su caserío hasta Tamahú donde se subía a un autobús (6:45) que la dejaba no lejos de su escuela. La docencia se iniciaba a las 8:00 para finalizar a las 13:00, regresando de nuevo a su casa. No sin antes solazarse con un almuerzo que de buen grado le costeaba Fratisa.

Hace apenas una semana que Gloria se ha graduado, con el comprensible júbilo de su familia y allegados. A él se ha adherido también Fratisa que -representada por Fátima Guzmán- ha asistido al festejo celebrado en su caserío, donde toda la comunidad se congratuló con quien ameritaba el más cálido parabién. Por eso hice antes hincapié en los aspectos positivos de un proyecto, en apariencia casi fallido, pero con ramalazos dignos de loa. Y es que, tal como dice el refrán, “no hay mal que por



Gloria, con su madre (Juana Xol), tras la graduación



La familia de Tomás, celebrando la inauguración de su vivienda

bien no venga”.

Por otra parte, toda regla acostumbra a tener sus excepciones. Y sí que las hubo entre nuestros becarios. De hecho, tras encajar lo que el sentido común nos presentaba como un malogro, tuvimos la dicha de comprobar que un reducido núcleo de patojos había sacado muy buenas notas. La debacle no había sido, por fortuna, total. Tomando a Noé como referente, les ofrecimos a los esforzados un arca virtual con la que se salvaran del naufragio. Y sin problema alguno los hemos incorporado al programa de ayuda para el próximo curso,

donde solo figurarán quienes hagan gala de excelentes calificaciones. ¿Qué nos impide pensar que de este “resto fiel” salga algún afamado prohombre? El designio de Dios es inescrutable. Pues bien, a él nos acogemos para reactivar nuestro proyecto becario.

Tomás puede al fin estrenar vivienda

Tomás Xol es un joven padre de familia que, desde antes de conocerlo, me cayó bastante bien. Supe, en efecto, que llevaba tiempo almacenando ladrillos con la ilusión de construirse algún día una modesta casita. Mas, por un revés del que no logró reponerse, se quedó sin ladrillos y, por ende, sin la ilusión de estrenar hogar. El desventurado muchacho no cesaba de rumiar su desespero. Sabedor de su congoja, lo invité a intercambiar impresiones. Ya a solas con él, me confidenció sus penares. Por fortuna hablaba español. Al esbozar una leve sonrisa, me percaté que le faltaba toda la dentadura superior. Se veía horrible. Así se lo hice saber. Él obviamente no lo ignoraba, pero ¿cómo ponerle remedio, si carecía de “pisto” (dinero)? Por otra parte, ante el síndrome de una posible casa, los dientes ocupaban un lugar muy secundario en su escala personal de valores.

Tras dejar que se explayara, me brindé a resolverle ambos problemas. Pero, antes de dar paso alguno, lo encaminé hacia la consulta de un odontólogo. La tuvo un par de días después. Y, con sorpresa mutua, vimos que el precio de una dentadura postiza era asumible para Fratista. Se hicieron,



Fátima y Eliseo, cortando el lazo ante Tomás

pues, las diligencias pertinentes y, tras un par de semanas, Tomás podía reírse sin sonrojarse. Este primer paso le ayudó a comprender que Fratisa no se limitaba a hacer promesas. Tal pudo, en principio, haber pensado, de hecho, tras garantizarle una vivienda. Y es que, al iniciar los trámites, nos topamos con un obstáculo: el terreno no era suyo, sino de su padre. Y, por más que este se mostrara dispuesto a donárselo, Fratisa -en casos así- siempre exige escrituras públicas. Tomás, ante el imprevisto, se acogió de nuevo al desconsuelo. Mas no fue por mucho tiempo, pues -al ver que estaba sin blanca- nos brindamos a sufragarle la minuta del notario. Solo entonces el buen mucha-cho respiró a pulmón pleno.

Han pasado unos cuatro meses y Tomás Xol dispone ya de una sólida y confortable casita. Bajo la eficaz supervisión de nuestros colaboradores, Vinicio Gamarro y Eliseo Cha', la obra quedó ultimada a mediados de noviembre. Se decidió, no obstante, esperar a que llegase Fátima Guzmán (Delegada de Fratisa) para inaugurarla. El solemne acto tuvo lugar el 25 de noviembre, en un distendido clima de fraternal armonía. Fue tiernamente emotivo el momento en el que Fátima cortó la cinta y los nuevos dueños hicieron suyo el hogar.

Es habitual, entre nuestros indígenas, levantar en casos solemnes un altar doméstico que, alumbrado por un par de veladoras, se hace eco de los rezos y las plegarias. La para-liturgia corrió a cargo de don Feliciano Xol, el padre de Tomás. Según reza su costum-brismo, tampoco podía faltar el banquete (tamales y cacao) con el que los anfitriones agasajan a

los invitados. Fue una tertulia muy emotiva, sobre todo porque un par de días después el dueño del nuevo hogar debía migrar a Honduras para trabajar por un tiempo en la pisca del café y ganarse así unos quetzalitos. Sin duda se sentirá muy a gusto en el país vecino, sabedor de que, al regresar a su caserío, se topará con un hogar casi robado al ensueño. Y en él, olvidando los sinsabores pasados, dispondrá de toda una vida para constatar que Fratisa, además de prometer, sabe también cumplir.



Sin unos buenos tamales, mal puede haber banquete

Atención al enfermo

Raúl Leal

Mi asidua labor con los enfermos me permite contemplar su realidad con un virtual caleidoscopio donde los más vividos colores acostumbran a entremezclarse con otros bastante opacos. Y estos últimos a veces me llegan a exasperar. Tal ocurre, en efecto, al toparme con la endógena indolencia de ciertos pacientes cuya vida pende, en realidad, de su atención médica. Me corroe el

alma ver cómo algunos aldeanos, no sé si por desidia o por conformismo, parecen ávidos de sellar pactos con la muerte. Por fortuna no siempre es así. Abundan también los casos en que los pacientes son dechados de diligencia y me agasajan con atenciones que transpiran gratitud. Estoy, al respecto, casi emocionado al comprobar cómo no cesa de aumentar el número de discapacitados que reciben sus terapias en Fundabiem. Dejando, pues, los tragos amargos para después, quiero ahora compartir la preciosa experiencia de la que -por fortuna- acaba de ser también testigo nuestra misionera Fátima.

Una jornada tan dura como gratificante

Había convenido con Fátima que la recogería en el parque central a las 6:15. Por lo general, suelo cumplir los horarios. Sin embargo, ese día dio la extraña coincidencia de que una aldeana, tras haberme solicitado la víspera una ayuda para su hija enferma, a la hora convenida no se presentó en el punto de encuentro. Y la vana espera trastocó en cierto modo mis planes. No era, por supuesto, la primera vez que me ocurría algo así. Pero ese día me contrarió sobremanera porque llevaba mis tiempos más que medidos. En todo caso, el júbilo opacó pronto mi molestia al ver que nuestro microbús (16 plazas) iba casi con sobrecarga. Observo, en efecto, con complacencia que no cesan de aumentar los discapacitados (parálisis cerebrales) que se adscriben a nuestro programa de rehabilitación.



Doña Rosa Chub Juc, bajando del microbús



Con un buen almuerzo se hace más llevadera la espera

Era un día con presagios de complejidad. De hecho, a causa del retraso, tuve que acelerar la marcha sin respetar siempre los límites de velocidad. Por fortuna, llegamos a tiempo. Tras dejar a mis pacientitos en Fundabiem, me apresté a acompañar a una abuelita (Rosa Chub Juc), que había sufrido un infarto, para que fuera evaluada en el hospital regional de Cobán. La buena señora, aun teniendo cita previa, era muy consciente de que su espera podría ser larga a causa de nuestro retraso en Tamahú. Armándose de paciencia (virtud muy enraizada entre ellos), sacó su numerito y se meció en un sillón. Pues bien, dejándola en el hospital, seguí repartiendo enfermos por distintos centros médicos de la ciudad. Todo iba sobre ruedas hasta que

... ¡algo se nos torció!

Un par de horas después, acabadas las rondas y finalizadas las terapias, tenía que recoger a doña

Rosa para iniciar el regreso a Tamahú. Pues bien, al acercarme al nosocomio, vi que aún seguía a la espera de ser atendida por el doctor. ¿Qué hacer? No podía dejarla sola. Al notificárselo a nuestra comitiva, todos apostaron por esperarla. Y, no teniendo nada mejor que hacer, nos dedicamos a deambular por la plaza. Fueron tres horas interminables. Y en ellas, todos (adultos e infantes), acabamos acusando la comezón del hambre. Por fortuna, nos acompañaba la misionera Fátima quien me preguntó dónde se podría encontrar comida. Buen conocedor del lugar, le indiqué que, en un rincón de la plaza, había un pequeño comedor. Hacia él nos encaminamos. Y nuestra providencial anfitriona, haciendo gala de su habitual generosidad, ordenó catorce almuerzos con los que toda la clientela templó sus andorgas. Y así la espera se nos hizo más llevadera.

Poco después se me acercó una pareja de adolescentes (17 años) que llevaban ya tiempo conviviendo. Acababan de salir del hospital donde habían dado el alta a una de sus dos gemelas, cuyo accidentado parto había requerido internarla. Tras un par de días de desconcierto, la desubicada parejita - fuera ya del hospital- quería regresar a su hogar con sus dos pimpollos a hombros. Yendo casi a la deriva, al pasar junto al estacionamiento vieron que en nuestro vehículo figuraba la palabra “Tamahú”. Casualmente era también su punto de destino. Me solicitaron el favor a ofrecerles transporte gratuito, a lo que obviamente accedí. Y, como en este mundo hasta la lentitud tiene un fin, nuestros rostros trocaron en gozo su tedio al ver cómo doña Rosa salía casi enhiesta del hospital. No le habían instalado el “holter”, pero la habían sometido a una serie de estudios que le auguraban muchos más años de vida. Todos contentos, regresamos a Tamahú.

Para mí era el fin del trayecto, mas no del trabajo. En efecto, al llegar a mi oficina con un considerable retraso, encontré a una nutrida línea de pacientes que llevaban horas esperándome. Aunque no sin fatiga, los atendí. Por fortuna, conté con el apoyo de Efraín que debió desplazarse más de una vez hasta la farmacia para retirar las medicinas pertinentes. Fue para mí una jornada en la que, aun sin faltarle



La pareja de adolescentes con sus dos gemelas a hombros



Magdalena Beb Co, con Raúl Leal, a punto de ser ingresada

sinsabores, quedarían obnubilados por la dicha. Me enanchaba, en efecto, el alma haber cumplido con solvencia una compleja misión. Al llegar a mi casa, lo celebré repantigándome plácidamente en un sofá.

Pero no siempre ocurre igual. Al anverso nunca le falta un reverso.

La insultante descortesía de Flavio

Eran dos pacientes: Magdalena Beb Co y Flavio Morente Tipol. Ambos precisaban una cirugía de ojos. Tras consultar al oftalmólogo, vi que su costo era bastante elevado. Tanto que sobrepasaba con creces el presupuesto asignado por Fratisa. No obstante, armándome de valor, me comuniqué por teléfono con Fátima. Y ella, tras exponerle el caso, me dio luz verde para cubrir los gastos pertinentes en ambas operaciones. He de confesar que me inundó un profundo gozo al saber que podríamos ayudar a esas



El irrefrenable gozo de salvar una vida en ciernes

dos personitas, abocadas a la invidencia. Tras compartirles la buena noticia, las acompañé a la clínica oftalmo-lógica de San Cristóbal con ánimo de realizarles el preoperatorio. Aunque se me hizo un sustancioso descuento, el costo seguía siendo muy alto. Pero lo asumí gustoso, sabedor de que Fratisa lo auto-rizaba. Saqué a su vez la impresión de que ambos compartían parte al menos de mi dicha. No ignoraba, al respecto, que nuestros indígenas suelen ser muy parcos a la hora de expresar sus sentimientos. En realidad, todo iba viento en popa.

Llegó el momento de ingresarlos en la clínica donde ya se habían reservado para ellos las camas para sus cuatro días de estancia. Todo estaba, pues, a punto para proceder a la operación. O mejor, todo menos Flavio. De hecho, el día convenido, tras mi ronda habitual para recolectar pacientes, vi que él no se había presentado en el punto de encuentro. Aunque me sorprendió, quise pensar que su retraso sería debido a algún

imprevisto. Para salir de dudas, lo llamé por teléfono. Con voz algo apagada, me notificó que no podía acompañarme porque en ese momento estaba trabajando. Pero que le tuviera un poco de paciencia, pues solicitaría el permiso de su patrón. Por más que su excusa me oliera a cuerno quemado, decidí darle una nueva oportunidad. Y esta se demoró más de media hora.

Al fin, tras un recodo del camino, avisté la silueta de Flavio quien, con pocas ganas y menos prisa, vino a espetarme que, al no haber encontrado a su patrón, no podía abandonar su trabajo y, por ende, tampoco acompañarnos a la clínica donde iba a ser intervenido. Como cortafuegos, me endosó una fábula que parecía robada a Samaniego. A decir suyo, unos doctores norteamericanos le habían garantizado realizarle la operación de manera gratuita. Pero ¿por qué esgrimir tal falacia ante quien, en nombre de Fratisa, le estaba ofreciendo todo su apoyo, exigiéndole solo una cooperación casi simbólica? Viendo que sus excusas eran pura tramoya, lo escuché con calma externa, aunque por dentro me carcomiera la ira.

¿Cómo es posible -me lo preguntaba a mí mismo- que, tras tantos desvelos para allanarle el camino, esté reaccionando de manera tan estúpida? No creí que estuviera trabajando ni tampoco que unos médicos extranjeros se ofrecieran a operarlo del todo gratis. Lo que sí creí fue cuán intenso era su pábulo a unos prejuicios cercenados por la indolencia. Y, ante ello, no pude por menos que rebelarme. No obstante, mi indignación se fue atemperando al ver cómo el resto de los pacientes, recogidos aquella misma mañana, recibieron las ayudas que yo ardía en ansias de ofrecerles.

Me gratificó, en efecto, la evaluación hecha al niño Allen Cavani Juc Chen para calibrar su campo visual. Tras examinarlo, el médico lo remitió a un hospital capitalino para que allí se evalúe la posibilidad de que padezca un preocupante autismo. Por su parte, al pequeño Erick Gabriel Cha Ichich (5 años) se le diagnosticó una fimosis irreversible que exigía operarlo cuanto antes del prepucio. También me resultó gratificante la consulta proporcionada a Calistro Chiquin Caal (52 años) a quien



Doña Josefa siempre agradece las atenciones

se detectó una carnosidad en ambos ojos que debía ser intervenida quirúrgicamente. Y no sin antes someterlo a una serie de pruebas que con todo gusto le costearía Fratisa. El buen sabor de boca que me dejó la atención ofrecida a esos tres pacientes templó el amargor provocado por el porte estólido de Flavio Morente. Y más aún cuando, tras regresar a casa, pasé un buen rato ofreciendo caricias y arrumacos a mi hijo Antonio. Sereno y recompuesto, me mecí en un dulce sueño donde hasta los ángeles me infundieron ánimos.

Visitar a los enfermos: obra de misericordia

Nuestra labor solidaria de Tamahú, aunque se centre en aliviar dolencias, no por ello pierde su perspectiva evangélica. Y esta lleva siglos enseñando que las personas enfermas deben ser tratadas con sumo mimo y cariño. Tal es el motivo por el que, al disponer de unas horas libres, acostumbro a acercarme a las aldeas donde me conste que alguna persona sufre quebrantos. Y, en general, me gratifica mucho practicar esa obra de misericordia.

Tal me ocurrió, de hecho, el día en que, dándome un respiro en mis estresantes labores, decidí subir a la comunidad de Santa Ana para interesarme por la salud de María Elena Ichich. Aunque postrada, la sentí animosa. Es una persona cuya entereza me fascina. De manera inexplicable consigue alimentar a sus siete hijos, aun cuando la aqueje una gastritis nerviosa. Fue asimismo atropellada por una motocicleta que le fracturó el pubis. Llevamos tiempo ofreciéndole medicamentos que, según se ve, le van surtiendo efecto. Vive en una chabola de madera que hace años le construyera la comunidad de Naxombal. La emoción causada por mi visita no le impidió agasajarme con un frugal desayuno.

Acto seguido, me constituí en la comunidad de Panteón donde la nenita, Keyli Marielita, aquejada de parálisis cerebral, pugna por seguir sonriendo a la vida. Fratisa le había brindado en su momento leche

pediátrica y también medicación neurológica. Dado que el camino era muy angosto y resbaladizo, su mamá dejó de acercarse a mi oficina, descontinuo así el tratamiento. Ahora que se ha construido una angosta carretera, la animé a inscribir de nuevo a su bebita en nuestro programa de rehabilitación. Con una sonrisa envuelta en un halo de tristeza, me confesó que su niña está ya muy pesada y ella no se siente con fuerzas para llevarla a hombros hasta Tamahú. De todos modos, se lo comentará a su esposo para ver si, entre los dos, pueden ofrecerle un futuro algo halagüeño. Al despedirnos, plasmó su gratitud en la más diáfana sonrisa.

Algo parecido me ocurrió con Adela Xol Tupil para quien -hace ya unos cinco años- Fratisa construyó una coqueta casita de madera que, con el paso del tiempo, acusa un severo desgaste, siendo además corroída por la polilla. Tras infundirle ánimos, nos dimos un fuerte abrazo. Y, acto seguido, pasé fugazmente por las viviendas de quienes han recibido -y siguen recibiendo- nuestra ayuda (Chico, Luisa...). Me causó honda alegría toparme con dos señores americanos que, en nombre de una obra solidaria, llamada "Always Mission", ofrecían fogones a las familias más necesitadas. Y es que con ellos se gasta menos madera a la hora de azucar el fuego. Me enterneció constatar que nuestros indígenas, aunque mascullen marginación, no están del todo olvidados.

Aunque no sin esfuerzo debido a la distancia, también me personé en el caserío de Comonhoj donde -según se me había notificado- una señora vivía en la más extrema pobreza. Mis ansias de brindarle ayuda se vieron frustradas por su ausencia. Según se me hizo saber, se hallaba trabajando en Honduras para ganarse unos quetzalitos. Con quien sí me encontré fue con doña Josefa que -a decir de sus allegados- se encontraba algo enferma. La vi en muy buen estado. Solo se lamentaba de cuán lejos le quedaba su casa (la había construido Fratisa) pues -a su edad-

cada vez le resulta más difícil desplazarse. Una familia amiga le ha ofrecido cobijo y está dispuesta a levantarle un cuartito para que mantenga su privacidad. La señora, a quien Fratisa jamás ha cesado de ofrecer su apoyo, no cesaba de mostrarme gratitud. Aunque le cueste salvar las distancias largas, jamás falla a la hora de recoger la despensa que todos los meses le ofrece Fratisa en Tamahú.

Sería para mí un baldón imperdonable hablar de visitas ignorando a mi buen amigo Leonardo. De vez en cuando lo agracio con mi presencia y con un costal de maíz. Acompañado solo por su esposa, vive en una chocita levantada en plena soledad del bosque. La pareja no tiene luz ni tampoco teléfono. Ambos viven desconectados del mundo. Leonardo, a pesar de su parálisis, logra bandearse dentro de su vivienda. Aunque mis visitas sean casi regulares, jamás oculta su gozo al verme llegar. Esta última vez lo encontré presa del pánico. ¿Motivo? ¡La ignorancia!

Pululaba a la sazón en las redes sociales un bulo sobre una malévola anciana que recorría aquella zona en busca de clientes para ultratumba. Y mi buen amigo se lo había creído a pies juntillas. Vivía



Leonardo, en su chocita del bosque donde se respira silencio

suscrito al pavor. No permitía incluso que su esposa se alejara del hogar por miedo a que la engullera la fatídica bruja. Lejos de reírme de su ingenuidad, me apresté a serenarlo. Le garanticé que tanto él como su esposa estaban protegidos por Dios. Y, mientras mantuvieran viva su fe en Él, no correrían riesgo alguno. Parece que mi soflama lo serenó. Al regresar, mientras me acompañaba con la naturaleza, pedía a ese Dios amoroso en quien creo firmemente que vele por mis ancianitos para que -aunque los acose por la pobreza- consigan vivir en paz.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – NOVIEMBRE, 2025

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	21
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a oftalmología	04
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	01
Pacientes a quienes se realizó cirugía de ojos	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	09
Asistencias durante el mes en Fundabiem	10
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	20
Pacientes trasladados a hospitales de la capital	01
Otros traslados	01
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	01
Leche pediátrica entregada (botes)	04
Pacientes que recibieron medicinas con receta	39
Extracción de piezas dentales	14
Pacientes a quienes se realizó electro y ecocardiograma	02
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	01
Pacientes a quienes se realizó examen “doppler carotídeo”	01
Visitas a familias y enfermos	25

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Pattsos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538